

jamás alcanzada en plenitud. Viaja hacia el horizonte, mientras la noche y el alba, el medio día y la tarde embellecen las horas y la vida se multiplica en la forma minúscula de las flores, en un ritmo inadvertido, en el aire que no sabemos de dónde viene, hacia qué árboles camina.—C. R. C.

<https://doi.org/10.29393/At249-102ARAS10102>

ARAUCANÍA, Rostro de una Raza Altiva, por *Celia Leyton Vidal*.

Mirar hacia la fuente humana de nuestra sangre india, no ha sido, precisamente, el más asiduo ejercicio de nuestros escritores y pintores. Con los ojos teñidos por la sombra deliciosa de París, hemos vivido ajenos al clamor de Araucanía, clamor que pide solidaridad y ternura, calcando la vibración espiritual extranjera. ¡Y vaya si hay razones, y buenas razones, para actuar de modo diferente!

Desde luego, «*La Araucana*» es una imperativa sogá de tradición. Don Alonso de Ercilla no fué, a nuestro pobre entender, sino que un pintor: sus octavas reales cargan ímpetus cromáticos; la obra abunda en descripciones, en trazos, en retratos que resultan el remotísimo antecedente de la pintura afable, directa y sincera de Celia Leyton Vidal, quien, residiendo por más de 15 años en Temuco, viene a ser la objetivadora de la materia plástica de «*La Araucana*»:

«La gente que produce es tan granada
tan soberbia, gallarda y belicosa...».

Es con estos modelos, de rostros penetrados por la distancia y el silencio, que la maestra chilena Celia Leyton Vidal labra su tarea de creadora en doble cauce: el cauce de la vocación, y el cauce de la emoción patria.

Las reproducciones que forman el índice de su libro «*Arau-*

canía» muestran qué temblor nacional agita el pincel de Celia Leyton: dulces empujes primitivos se advierten en ellas; un hacer tierno; un dibujo que más que brotar de la mano, parece arrancar de algún punto solemne del corazón.

Este libro posee buenos valores informativos, valores que aparecen en las mismas láminas y en las acotaciones que Celia Leyton colocó con precisas palabras; aquí, en estas palabras, se trasluce el afecto cabal que la pintora tiene por «sus» indios: esboza la biografía de sus modelos y de sus temas, amarrando, así, tiempo y ánimo, en nudo puro de arte y de humanidad.

Las reproducciones en color señalan hondos amarillos y rojos caústicos. Nos congratulamos en señalar el óleo «Nieta de Huete Rucan» que despliega un no sé qué de optimismo y de diafanidad, retrato, a la postre, de nuestra «raza altiva», merecedora de un destino que pase por el centro de la inmensidad.

Destino es éste que los chilenos, sin excepción de faena, debemos procurar: ¡en el cotidiano quehacer por Chile es preciso justificarnos!

Cuando la turbiez de la política se empeña en rebajar la claridad del pueblo, queda a los escritores y a los pintores, a los soñadores, la defensa de nuestra Estrella popular y maltratada. Celia Leyton Vidal hace lo suyo con dignidad. De ahí nuestra adhesión a sus pinturas ejemplares.—A. S.



SOBRE UN LIBRO DE *Luz de Viana*

Poco tiempo antes de embarcarme recibí un libro chileno que levantó en mi espíritu verdadero interés, y mientras iba leyendo con mi habitual desorden—el segundo cuento antes del primero, o el final de una novela antes del principio—fuí escribiendo también mis impresiones, primero sobre «No sirve la luna blanca», luego sobre «Ratas blancas», encontrándome con